

Secretaría de Prensa

DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,
D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, ANTE EL COUNCIL OF
THE AMERICAS Y AMERICAS SOCIETY DE NUEVA YORK

NUEVA YORK, 27 de Septiembre de 1990.

Señoras y Señores:

Vengo de un país pequeño que está viviendo un proceso político y económico para el cual existen pocos precedentes. Emergiendo de más de dieciséis años de gobierno autoritario, Chile se halla empeñado en demostrar que en el mundo en desarrollo una economía que crece, que es estable y equitativa, es compatible con un sistema político abierto y democrático. Con orgullo, pero también con realismo, puedo señalar que en lo que hemos recorrido del camino los resultados han sido positivos, y que ello lleva hoy a los chilenos a mirar su futuro económico con optimismo.

Particularmente auspiciosa ha sido la forma consensual y pragmática en que la transición a la democracia se ha llevado a cabo. En octubre de 1988 los chilenos rechazamos en un plebiscito la extensión por ocho años más del régimen del General Pinochet. Como consecuencia de esa decisión del pueblo, pudieron realizarse elecciones presidenciales y parlamentarias libres, en las que resultó victoriosa la amplia coalición de partidos democráticos que me honro en representar. A partir del 11 de marzo de 1990, fecha en que asumimos el poder, la sociedad chilena ha demostrado su voluntad y capacidad para vivir en democracia.

Esta evolución pacífica tiene sus raíces en nuestra historia. En los últimos 25 años Chile ha atravesado los más diversos experimentos políticos y sociales. Como resultado, la sociedad chilena llegó a ser polarizada y extremadamente ideologizada.

Este proceso culminó con la llegada del régimen militar, que terminó con una tradición democrática centenaria caracterizada por la preeminencia de mecanismos pacíficos para resolver los conflictos sociales. El término de la democracia también representó un enfoque más ideologizado de la gestión gubernamental, que se expresó en el intento de imponer recetas rígidas para el desarrollo económico. Los años 70 y la primera mitad de los 80 trajeron inestabilidad y experiencias económicas traumáticas. El desorden y la hiperinflación de 1970-73 dieron paso a la recesión en 1975-76. A su vez, una genuina depresión azotó al país a comienzos de los años 80, acompañada de una crisis financiera y de tasas de desempleo de hasta 30 por ciento.

Como reacción generalizada frente a esa inestabilidad, los chilenos hemos avanzado sustancialmente en los últimos años hacia un consenso respecto de la estrategia de desarrollo que desean para el país. Chile hoy está alcanzando la madurez: un pasado de grandes fluctuaciones ha contribuido a hacer de la estabilidad una prioridad nacional. Existe un amplio acuerdo sobre la necesidad de mantener una inflación baja y una gestión macroeconómica prudente, así como sobre la importancia de promover las exportaciones y participar con dinamismo en el comercio mundial. Al mismo tiempo, amplios sectores de la sociedad concuerdan en que el desarrollo no debe producirse a expensas de los más vulnerables, y que mayores esfuerzos deben dedicarse a satisfacer las necesidades básicas de los pobres en nuestra sociedad.

De este consenso emana la orientación económica básica del gobierno que presido. Chile se orienta hacia la economía de mercado, en que el sector privado es motor principal del desarrollo, en colaboración con un Estado que concentra sus esfuerzos en la provisión de servicios sociales esenciales como salud, educación y vivienda. Nuestra economía es y permanecerá abierta, y las políticas de mi gobierno promueven sin complejos el comercio internacional y la inversión extranjera. Todo ello con miras a lograr un crecimiento económico sostenido, en que la expansión del producto vaya acompañada de crecientes grados de equidad.

Sólo así podremos evitar aquellos dos polos nocivos tan típicos de la experiencia económica latinoamericana: por una parte, un énfasis en la acumulación que no conlleva mayor bienestar para los más pobres y que, por ello, carece de legitimidad social y tarde o temprano entra en crisis política; por la otra, el ciclo populista por todos conocido, en que políticas redistributivas miopes, apoyadas en déficits fiscales

insostenibles, terminan por perjudicar a los mismos a quienes se pretendía ayudar y a la sociedad en general.

La economía chilena ofrece hoy perspectivas esperanzadoras. En contraste con la experiencia de otros países latinoamericanos la apertura política no ha tenido lugar en un momento de crisis económica. Con un gran costo para muchos chilenos, el país se ha ajustado a los shocks sufridos a principios de los 80, y ha ordenado su balanza de pagos a pesar del lastre de la deuda externa. En los últimos 5 años el producto se ha recuperado de la profunda recesión de 1982-83, alcanzando tasas de crecimiento sustanciales. El presupuesto fiscal se encuentra equilibrado y la inflación es una de las más bajas de la región.

El regreso a la democracia ha acentuado este clima de estabilidad económica. A pesar de algunos vaticinios pesimistas e infundados, los inversionistas han reaccionado con un espaldarazo de confianza. A partir de Marzo nuestra moneda se ha visto fortalecida, y el Banco Central ha acumulado reservas adicionales por más de mil millones de dólares. El mercado accionario se ha mantenido fuerte, y la inversión extranjera está llegando a un récord histórico.

Nuestro compromiso con la estabilidad nos ha llevado a emprender un proceso de ajuste macroeconómico, con miras a reducir la creciente tasa de inflación heredada del pasado gobierno. Este adoptó políticas monetarias expansivas en los años 1988 y 1989, llevando la inflación a fines de 1989 a más de 30 por ciento a tasas analizadas. En conjunto con el Banco Central, autónomo desde Diciembre último, se ha buscado reducir el crecimiento de los medios de pago y de la demanda. Gradualmente se ha tenido éxito, por lo que proyectamos para este año una tasa de inflación del orden del 25 por ciento.

Tenemos confianza en que las sólidas bases de la economía chilena, complementadas por este ajuste, permitirán que Chile continúe por la senda del crecimiento sostenido. Para lograrlo también será necesario afrontar con éxito la necesidad de mayores inversiones, requerimiento muchas veces no satisfecho en los países de América Latina. En Chile ya se vislumbran signos positivos: esperamos que este año la participación de la inversión total en el producto sea la más alta de los últimos veinte años. Pero es necesario ir aún más allá, y en esa tarea la inversión extranjera tendrá un papel central que jugar. Las políticas y resultados económicos ya descritos, sumados a un régimen flexible

y no discriminatorio para la inversión extranjera, hacen de nuestro país un socio confiable. Proyectos que contribuyan con conocimiento tecnológico, creación de empleos y generación de divisas encontrarán en Chile un ambiente propicio en el cual desenvolverse.

La inversión en recursos humanos también debe incrementarse sustancialmente. Una mayor atención a la educación y la capacitación es necesaria para asegurar el crecimiento de la productividad y, a su vez, generar una mejoría permanente en las condiciones de vida de los más pobres. Hoy en Chile estamos haciendo un esfuerzo por enfatizar el gasto social y la inversión en capital humano. Este esfuerzo se guía por dos principios.

En primer lugar, buscamos financiar cualquier incremento en el gasto a través de mayores ingresos, como lo ilustra la recientemente aprobada reforma tributaria. De este modo, evitaremos el riesgo de perturbadores déficits fiscales que pudieran poner en peligro el crecimiento. Merece destacarse el hecho de que esa reforma tributaria, fue fruto de un acuerdo en que Gobierno y oposición coincidieron, y que las reformas laborales en estudio en el Parlamento expresan también en gran medida consensos entre empresarios y trabajadores, que al comienzo de mi gobierno suscribieron con éste un acuerdo marco.

Un segundo aspecto distintivo de las políticas sociales es su implementación en el tiempo. Los nuevos programas sociales se distribuirán a lo largo de cuatro años. Este enfoque gradualista, orientado a utilizar eficientemente los recursos disponibles, asegurará que el esfuerzo para eliminar la pobreza sea sostenido.

Chile comparte con otros países latinoamericanos un peso sustancial: la deuda externa. A pesar de las recientes reducciones de la deuda, a través de recompras e intercambios de pagarés, la relación deuda total-PGB de Chile es aún alta, y los pagos de intereses consumen una proporción importante de nuestros ingresos por exportaciones. Es por ello que actualmente nos encontramos abocados a un proceso de diálogo con nuestros acreedores comerciales, el que creemos por lo hasta aquí avanzado, culminará con éxito. Pensamos que Chile está preparado para entrar a una nueva etapa en el tema de la deuda externa. Habiendo caminado largo trecho por la senda de las reformas estructurales, aspiramos hoy a métodos más flexibles y voluntarios de financiamiento internacional. Si lo planteado en nuestras conversaciones se logra concretar definitivamente, Chile y sus acreedores habrán dado un paso de pioneros.

El panorama económico que describo es hoy una fuente de esperanza para mis compatriotas. Pienso que tenemos además la buena fortuna de iniciar esta senda de desarrollo económico en democracia en un contexto internacional especialmente propicio. Los cambios recientes en el escenario mundial -excluyendo las incertidumbres que ha traído la crisis del Golfo Pérsico- ofrecen nuevas oportunidades para las naciones latinoamericanas. Un primer efecto ya se está registrando en nuestros debates políticos y económicos. En la postguerra Latinoamérica ha vivido constreñida por la bipolaridad definida por las dos grandes potencias. La opción por una u otra alternativa desataba conflictos ideológicos y traumas tremendamente desestabilizadores. Por contraste, confío en que la aparición de un gradual consenso mundial que resalte las virtudes de la descentralización en la asignación de recursos, el libre intercambio internacional y el crecimiento con equidad, abra también espacio para que en nuestro continente se apliquen políticas económicas más sensatas, pragmáticas y flexibles.

En la arena económica internacional los cambios recientes también traen buenos augurios. Algunos pesimistas señalan: "La apertura de Europa del Este llevará a la postergación y descenso relativa de América Latina. Nos costará más concitar la atención y atraer la inversión internacional". Creo sinceramente que esta visión es errada. En la economía de hoy los recursos fluyen hacia donde hay buenas oportunidades insertas en un ambiente económico sano y estable. Esto es precisamente lo que países como Chile pueden ofrecer. Más aún, con políticas adecuadas nuestras economías deberán aprovechar sus ventajas comparativas. En el caso de Chile éstas son: nuestros recursos naturales -agrícolas, mineros, forestales y pesqueros- y nuestros recursos humanos una fuerza de trabajo educada, ingenieros y técnicos bien preparados y grupos empresariales innovadores. En todos estos planos nuestras circunstancias son claramente diferenciables de las de Europa Oriental. En muchos casos no creo que compitamos por el mismo tipo de inversión. Y cuando ello ocurra, estaremos preparados para enfrentar sin temores una competencia libre y justa.

Este es un panorama que lleva al optimismo. Sin embargo, sería imprudente de nuestra parte no señalar también algunos peligros potenciales que se vislumbran en este nuevo escenario internacional. Quizás el mayor de ellos sea el proteccionismo, y la tendencia a formar bloques de comercio. No debemos aceptar en silencio que las guerras comerciales reemplacen a la guerra fría. Hoy día nuestras exportaciones encuentran trabas sustanciales en

los mercados del mundo desarrollado. Los aranceles son bajos tratándose de muchos productos primarios, pero tienden a subir drásticamente al incrementarse el grado de elaboración del producto. Al mismo tiempo, múltiples cuotas y restricciones no tarifarias limitan nuestros volúmenes exportados. Por estas razones es imprescindible que la retórica del libre comercio se traduzca en acciones. La suerte de economías con vocación exportadora como Chile depende en gran parte de ello.

Es por esto que hemos recibido con beneplácito y entusiasmo la Iniciativa para las Américas propuesta por el Presidente Bush. La visión de un mercado común de Alaska a la Antártica es audaz y de futuro. En versiones menos amplias ese es también un ideal que los latinoamericanos llevamos décadas tratando de concretar. Esta experiencia sugiere que el proceso de integración comercial continental puede ser complejo y difícil. Por ello es menester llevar a la práctica la iniciativa del Presidente Bush de modo creativo y veloz. Chile quiere y puede ser de los primeros en este proceso. Nuestra economía abierta y con pocas distorsiones nos pone en buenas condiciones para hacerlo. Pensamos también que no conviene ser rígidos en cuanto a la mejor manera de estructurar el proceso de negociación. Un mercado común continental no puede sino ser la meta final. Pero para llegar allí lo mejor es proceder incrementalmente, permitiendo que las economías que están preparadas para abrirse e integrarse lo hagan pronto, ya sea de modo bilateral o multilateral, sin permitir que un globalismo mal entendido le imponga a este esfuerzo la lógica del menor común denominador.

Señoras y señores:

Los cambios vertiginosos de los últimos tiempos nos han dado a los seres humanos la posibilidad de dar rienda suelta a nuestra imaginación. Imaginar -por ejemplo- un mundo menos segmentado, próspero y en paz, en que los países se enfrenten en la competencia sana del mercado y no en el campo de batalla. En ese escenario se abrirían nuevos espacios para naciones pequeñas pero emprendedoras como la nuestra, que quieran demostrar su voluntad de vivir en democracia. Hoy en Chile estamos aportando nuestro grano de arena para que esta visión se vuelva realidad. Pero en tal esfuerzo, inserto en un mundo cada día más interdependiente, necesitamos socios y colaboradores. Los invitamos a unírseles en esta importante tarea.

* * * * *

NUEVA YORK, 27 de Septiembre de 1990.

MLS/EMS.